

MELINDA LEIGH

Traducción de Ana Alcaina

PROMESA DE SANGRE

La inspectora de homicidios Bree Taggert vive con los traumáticos recuerdos de infancia del asesinato de su madre a manos de su padre y el posterior suicidio de este. Casi veinte años después, su hermana menor, Erin, muere asesinada en un crimen que recuerda demasiado a aquella fatídica noche: testigos inocentes y una relación tormentosa que acabó en tragedia. Solo hay una diferencia: esta vez el marido de Erin, Justin, ha desaparecido.

Bree sabe lo fina que es la línea que separa al amor del odio, pero las pruebas en contra de su problemático cuñado no son concluyentes. Junto a Matt Flynn, expolicía y viejo amigo de Justin, Bree se hace la firme promesa de desentrañar los secretos que rodean la muerte de su hermana. Sin embargo, a medida que avanza la investigación, el peligro va estrechando el cerco a su alrededor hasta que, una vez más, la familia de Bree se ve atrapada en una trampa mortal... también para ella.

Índice de contenido

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Agradecimientos

Sobre la autora

Para Charlie, Annie y Tom. Vosotros lo sois todo.

CAPÍTULO 1

Enero, 1993

Grey's Hollow, Nueva York

—Buenas noches, ha llamado a Emergencias, ¿dígame? —respondió la mujer.

Bree temblaba tanto que apenas podía sostener el teléfono junto a la oreja.

—Mi mamá y mi papá se están peleando. —Se oyó una bofetada al fondo del pasillo y Bree se estremeció—. ¿Podría venir la policía?

—La policía irá enseguida —le aseguró la mujer—. Voy a seguir hablando contigo por teléfono hasta que llegue, ¿vale?

—Vale.

Bree se sorbió la nariz y se la limpió con la manga. Las lágrimas y los mocos le resbalaban por la cara. No quería llorar delante de papá, porque eso solo hacía que se enfadase aún más, pero no podía evitarlo.

—¿Cómo te llamas?

—Bree —contestó en un hilo de voz. No creía que papá pudiese oírla desde el pasillo, pero si la oía, a Bree le iba a caer la misma paliza que a mamá. Se asomó al pasillo; la puerta de sus padres estaba entreabierta y papá estaba gritando. Bree no entendía todo lo que decía, pero sabía que estaba diciendo cosas malas e insultando a mamá. Oyó el ruido de otra bofetada y cómo su madre rompía a llorar—. Está pegando a mamá.

—¿Dónde están?

—En su dormitorio.

Erin salió al pasillo. Llevaba su conejito de peluche de la oreja y lo arrastraba por el suelo mientras se encaminaba hacia el dormitorio de mamá y papá.

—¡Erin, no entres ahí! —gritó Bree bajito. En realidad, solo le salió un susurro; no quería que la oyera papá.

—¿Quién es Erin? —le preguntó la señora.

—Mi hermana pequeña —respondió Bree—. ¡Erin, ven aquí!

—¿Cuántos años tiene?

—Cuatro. Yo tengo ocho. Tengo que cuidar de ella; lo ha dicho mamá.

—Tienes ocho años. —La señora carraspeó.

Bree fue avanzando por el pasillo, detrás de su hermana, pero el cable del teléfono no era lo bastante largo.

—No llego hasta donde está ella. —Sujetó el teléfono con fuerza; no quería soltarlo—. ¡Erin! —gritó.

Su hermana volvió la cabeza. No estaba llorando, pero tenía los ojos muy abiertos y se había hecho pipí encima. Cuando Erin se dio media vuelta y echó a andar hacia ella, Bree respiró con tanto alivio que hasta vio unas manchitas luminosas en el aire. Tiró de ella pasillo abajo y se la llevó a la cocina.

—Ya está, ya estoy con ella —le dijo Bree a la mujer.

En el tercer dormitorio, un niño pequeño empezó a llorar. Su habitación estaba justo delante de la de papá y mamá. Sus berridos hacían que a Bree le doliese la barriga: papá se pondría aún más furioso.

—¿Es tu hermanita la que llora? —preguntó la señora.

—No. Tengo un hermanito pequeño. —Bree no quería que papá estuviese dentro de la habitación con mamá, pero tampoco quería que saliese de ella—. Tengo que ir a buscarlo; tengo que hacer que deje de llorar. —Bree se volvió a su hermana—. Tú quédate aquí.

Antes de que pudiera ir a la habitación del niño, su padre salió al pasillo. Tenía la cara enrojecida, y los ojos em-

pequeñecidos y llenos de crueldad. Mamá estaba justo detrás de él; le salía sangre de la boca y se le veían unas marcas en el cuello.

—No vayas. —Mamá cogió a papá del brazo—. Ya voy yo a buscarlo.

Papá se dio media vuelta y le cruzó la cara de un bofetón.

—¡No pegues más a mamá! —gritó Bree, pero él no le hizo caso y volvió a darle otra bofetada.

El pequeñín seguía berreando, y papá se dirigió a su habitación.

—¿Qué pasa, Bree? —preguntó la señora.

—Papá va a ir a coger a mi hermanito. —Bree no sabía qué hacer; tenía tanto miedo que le dolía la tripa y la temblaban las piernas. Su hermana se metió debajo de la mesa de la cocina—. Por favor, que venga ya la policía.

—Llegarán enseguida, Bree —dijo la señora—. Tranquila, todo va a ir bien.

—¡Para! —Mamá se abalanzó sobre la espalda de papá y empezó a darle golpes—. ¡No lo toques!

Papá se volvió muy muy rápido y estrelló contra la pared a mamá, que se cayó resbalando al suelo del pasillo. Mientras, papá se alejó de la puerta de la habitación del niño. Tenía el rostro sombrío; Bree nunca lo había visto tan furioso. Se abalanzó sobre mamá, la agarró de los brazos y la levantó del suelo. Luego se la llevó a rastras al dormitorio de ambos.

—Tengo que ir. Tengo que ir a buscar a mi hermano.

Bree soltó el teléfono. Oía hablar a la señora mientras se dirigía de puntillas a la habitación del niño. Con la carita congestionada y llorando desconsoladamente, su hermanito estaba de pie en la cuna, agarrado a la barandilla con los deditos de las manos.

—¡Chis...! —Bree lo cogió en brazos y se lo encaramó a la cadera—. Tienes que estar muy calladito.

Cuando lo sacó de la habitación, se asomó al dormitorio de sus padres. Papá tenía a mamá sujeta contra la pared con una sola mano. Con la otra mano empuñaba un arma. Bree se quedó paralizada un segundo. Sintió que se le helaba todo el cuerpo, y que estaba a punto de hacerse pipí encima.

Luego se apartó de la puerta y salió corriendo pasillo abajo lo más deprisa que pudo. El pequeño había dejado de llorar y rebotaba encima de la cadera de su hermana. Enterró la carita en el hombro de Bree y soltó un hipido. Pasaron junto al teléfono en el suelo; la señora seguía llamándola por su nombre, pero Bree no tenía tiempo de pararse a hablar con ella.

Se detuvo junto a la mesa de la cocina y llamó a Erin. Su hermana salió de debajo de la mesa.

—¿Bree?

—Vamos —susurró Bree—. Tenemos que escondernos.

—Tengo miedo —dijo Erin.

—Sé adónde ir. Tranquila, todo saldrá bien.

Bree agarró a Erin del brazo para tirar de ella hacia la puerta de la cocina, pero la pequeña se resistía.

—¿Me lo prometes?

Desplazando a su hermano a un lado, Bree se llevó la mano al corazón.

—Te lo prometo.

Volvió a dirigirse a la puerta de nuevo, y esta vez Erin no se resistió.

Todo estaba muy oscuro en el jardín de la parte de atrás y el porche estaba helado bajo sus pies descalzos. El viento le traspasaba la tela del pijama, pero Bree siguió avanzando de todos modos, bajando los escalones y rodeándolos para llegar al tablón suelto que había debajo del porche. Tiró del tablón hacia atrás y lo sujetó mientras Erin se colaba por el agujero. A continuación, empujó a su hermanito por el hueco oscuro y luego ella misma se metió dentro. Bree volvió a colocar el tablón en su sitio. Se había escondi-

do allí mismo muchas otras veces, cuando papá y mamá se peleaban.

Debajo del porche, los tres estaban resguardados del viento, pero seguía haciendo frío.

Bree se asomó por las rendijas de los tablones y escudriñó la oscuridad del jardín. Entre las sombras del cobertizo, los perros de papá ladraban desde la perrera. La señora del teléfono había dicho que la policía estaba a punto de llegar. El viento se colaba entre los listones. Bree ya no oía a mamá y papá peleándose. ¿Qué estaría haciendo papá?

—Tengo frío. —A Erin le castañeteaban los dientes.

Bree atrajo a su hermana hacia ella y la hizo callar. El pequeño temblaba y gimoteaba en sus brazos, con la cara arrugada, como si estuviera a punto de volver a llorar. Si lo hacía, papá lo oiría... Y entonces tal vez los encontraría... Bree abrazó con fuerza el cuerpecillo de su hermano y se puso a mecerlo.

—Chiss...

Se oyó un portazo y Bree dio un respingo. El ruido de unas pesadas botas resonaba por encima de sus cabezas. Bree no sabía si los pasos estaban dentro de la casa o fuera, en el porche. ¿Habría llegado la policía? A lo mejor todo iba a ir bien, como había dicho esa señora...

Se oyó un disparo. Bree se estremeció.

«¡Mamá!».

Abrazó a su hermanito con más fuerza y el niño empezó a llorar. Se oyó otro portazo. Bree quiso salir corriendo hacia el origen del ruido, pero tenía demasiado miedo. Oyó más pisadas, más gritos y luego el sonido de otro disparo.

Bree cerró los ojos.

Aun sin saber qué había ocurrido, sabía que ya nada volvería a ir bien nunca más.

CAPÍTULO 2

—Ese es el edificio. —Bree Taggert señaló una hilera de casas adosadas de ladrillo que ocupaban una manzana de la zona norte de Filadelfia—. Buscamos a un tal Ronnie Marin, de veinte años.

Su compañera, la inspectora de homicidios Dana Romano, redujo la velocidad del vehículo y tosió, tapándose la boca con el puño. A sus cincuenta años, Dana era una mujer esbelta. Unas pocas canas grises se le entreveraban en el pelo rubio, corto y alborotado. Las patas de gallo se le hicieron más profundas cuando entrecerró los ojos para mirar por la ventanilla.

—¿Es aquí?

Bree consultó sus notas.

—No. La tía de Ronnie es la que vive aquí. La última vez que lo detuvieron, fue ella quien pagó su fianza. Luego él se fugó, saltándose la libertad bajo fianza, y ella perdió mil dólares. Tengo la esperanza de que sepa dónde está su sobrino y que esté resentida con él por lo que le hizo.

La semana anterior, alguien había dado una brutal paliza a una enfermera cuando volvía a su casa después de su turno de noche, en la unidad de cuidados intensivos del hospital local. Acto seguido la habían violado y estrangulado. Las cámaras de seguridad de una lavandería habían captado las imágenes del asesino arrastrando a su víctima al callejón donde habían hallado el cadáver. En menos de veinticuatro horas, el agresor había sido identificado como Ronnie Marin, del distrito norte de Filadelfia. La ficha con

los antecedentes de Ronnie era más larga que la autopista principal del estado de Pensilvania.

Bree había estado llamando a los contactos conocidos de Ronnie, tratando de seguirle el rastro, pero por el momento no había ninguna pista sobre su paradero y nadie había admitido haberlo visto tampoco.

Dana había estado de baja por enfermedad la semana anterior y estaba poniéndose al día con la investigación. Aparcó el Ford Crown Victoria azul junto al bordillo, detrás de un montículo de nieve igual de alto que el vehículo.

—¿Me recuerdas cuál fue el último delito de Ronnie?

—Atraco a mano armada. —Bree examinó la calle oscura, pero no vio nada. En el callejón que había junto a la casa, el hielo negro relucía bajo la luz de una farola—. Le cayeron dieciocho meses. Antes de eso, vandalismo y lesiones leves. Solo lleva dos meses en la calle.

Bree movió la pantalla del ordenador de a bordo para enseñarle la foto de la ficha policial de Ronnie.

—Pues vaya progreso más rápido, de atraco a asesinato... —comentó Dana.

—Nada como la cárcel para enseñar a un delincuente a ser un delincuente aún mayor...

—A lo mejor Ronnie se ha ido de la ciudad.

—Lo dudo; tiene a todos sus contactos aquí. Este es su territorio, y se lo ha currado mucho para llegar a ser el rey del mambo en este vecindario.

Dana se encogió de hombros.

—¿Qué sabemos de la tía?

—Es una mujer de cincuenta y siete años; lleva trabajando para la misma empresa de limpieza los últimos dieciocho años y no tiene antecedentes.

—Desde luego, nadie escoge a su familia. —Dana hizo una pausa y se sonrojó—. Lo siento, Bree, no quería decir nada con eso...

En los cuatro años que llevaban trabajando juntas, Dana nunca había sacado a relucir la muerte de los padres de

Bree, a pesar de que esta había oído murmurar a sus espaldas a muchos de sus compañeros policías del departamento. Aunque claro, cuando tu padre mata a tu madre y luego se suicida, es normal que la gente hable de ello.

—Tranquila, no pasa nada. Ya lo sé.

Y Bree más o menos había aceptado el pasado de su propia familia hacía mucho tiempo, al menos en la medida de lo posible y dadas las circunstancias. También había hecho de la tragedia y la violencia una parte permanente de su vida al ingresar en el cuerpo de policía.

El caso es que ya había asistido a más que suficientes sesiones de terapia cuando era niña, y ya no quería saber nada más de psicólogos. Al cumplir los dieciocho había decidido dejar de psicoanalizarse. Había traumas que dejaban una secuela permanente; era imposible cambiar eso. Bree había metido su infancia en un rincón oscuro de su memoria y había pasado página. A los treinta y cinco años, lo último que quería era sacar esos recuerdos a la luz.

Salió del vehículo. Un viento glacial azotaba la calle helada y le agujijoneaba las mejillas. A pesar del frío, se desabrochó el chaquetón negro para tener mejor acceso a su arma reglamentaria.

Tosiendo, Dana se unió a ella en la acera repleta de grietas. Se metió las manos en los bolsillos de la parka.

—Joder, qué frío hace...

Justo después de Año Nuevo, una ventisca del Ártico había dejado congelada a toda Filadelfia. La ola de frío había persistido, no se había derretido ni un solo centímetro de hielo, y, a la semana, la nieve ya estaba sucia y gris, aunque lo cierto es que en general la nieve de ciudad solo lucía buen aspecto hasta la siguiente hora punta en medio del tráfico.

Bree rodeó un charco de hielo negro y brillante.

—Deberías irte a casa cuando acabemos aquí, pareces una morsa moribunda.

—De eso ni hablar. No aguanto ni un día más mirando las musarañas en ese apartamento tan cutre en el que vivo. —Dana carraspeó, se sacó un caramelo para la tos del bolsillo, le quitó el envoltorio y se lo metió en la boca—. Además, mi madre viene a verme todo el rato, para comprobar si estoy bien y a hincharme a sopa todo el puto día. Me he tomado la medicación y el médico dice que ya no soy contagiosa, así que ya es hora de mover el culo y volver al trabajo.

—¿Qué vas a hacer cuando te jubiles el mes que viene?

—No lo sé. Mi primo quiere que trabaje por las noches como guardia de seguridad en su tienda de revestimientos para el suelo.

Dana se detuvo en la acera para toser con fuerza.

—Claro, porque todo el mundo sueña con trabajar de noche cuando se jubile...

—¿A que sí? —Dana tosió de nuevo.

Bree lanzó un suspiro y esperó a que Dana recobrase el aliento. Cuando lo hizo, Bree subió con decisión los tres peldaños de cemento resquebrajado. Una barandilla de hierro forjado de color blanco bordeaba las escaleras y el porche. Bree y Dana se situaron automáticamente a ambos lados de la entrada para no quedarse justo en el centro y llamaron a la puerta. Nadie respondió, de modo que Bree golpeó con más fuerza.

Oyeron el ruido de unos pasos en el interior y una mujer de mediana edad abrió la puerta. Bree reconoció a la tía de Ronnie, Maria Marin, por la fotografía del carnet de conducir. Tenía el rostro amarillento y surcado de arrugas, y llevaba el pelo castaño oscuro y desmadejado recogido en un moño nada favorecedor. A las ocho de la tarde de un martes, la mayoría de la gente se estaría preparando para dar por terminada la jornada y meterse en la cama, pero la señora Marin debía de estar a punto de irse a trabajar.

Bree le enseñó la placa que llevaba colgada alrededor del cuello.

—Soy la inspectora Taggert y esta es la inspectora Romano.

Dana la saludó con un movimiento de la cabeza.

—Buenas tardes.

La señora Marin abrió como platos sus ojos oscuros y frunció los labios antes de relajar el gesto.

«¿Será miedo?». Bree sintió una punzada entre los omóplatos y Dana la miró de soslayo. Ella también había captado la expresión.

«¿Estará Ronnie ahí dentro o es que la mujer simplemente tiene miedo de hablar con la policía?».

Bree miró por detrás de la señora Marin, pero no vio a nadie.

—Queríamos hablar con su sobrino, Ronnie. —Bree bajó la voz para que no la oyesen en el resto del barrio—. ¿Podemos pasar?

—No. —La señora Marin negó con la cabeza, y un destello de miedo volvió a relumbrar en sus ojos. Desvió la mirada con fuerza hacia un lado, como tratando de ver lo que tenía detrás sin volver la cabeza.

«¿Estará Ronnie escuchando lo que decimos?».

Bree insistió.

—¿Ha visto a Ronnie estos últimos días?

—No tengo obligación de hablar con ustedes.

La mujer dio un paso atrás y se dispuso a cerrar la puerta.

—No, señora, no tiene ninguna obligación, pero su sobrino ha matado a una mujer. —Bree no estaba revelándole nada nuevo: la fotografía de Ronnie había salido en los informativos la noche anterior—. Todos los agentes de policía de la ciudad andan buscándolo. Lo mejor sería que Ronnie nos acompañase voluntariamente. —Bree quería darle a entender que, para que la vida de Ronnie no corriera ningún riesgo, lo mejor era que se entregara en ese momento.

Ronnie había cometido un crimen atroz y una cámara de seguridad había captado la imagen de su rostro. Era evi-